

Un elemento subjetivo, personal y voluntarista entra en juego. La obra de arte es creada siempre en acto singular, aun aquella parte mínima de obra colectiva que corresponda al artista anónimo. Aunque la voluntad artística quede asignada a una comunidad racial o epocal, aunque se conciba como un atributo de estirpe, su soporte y agente conductor será siempre el artista individual. Este puesto psicológico queda tácito en la obra de Riegl y en toda posible formulación del concepto de voluntad artística. Dicho en otros términos: si la concepción del mundo actúa condicionando la forma estilística y el contenido de la obra de arte, este condicionamiento es previamente una voluntad viva en la conciencia del artista, pues la concepción del mundo no opera sino individualizándose, a través de personalidades concretas.

Tietze, aceptando en sus líneas generales la concepción de Alois Riegl, propone denominar voluntad estilística a esta dirección específica de la creatividad suscitada por la concepción del mundo. De esta forma, el término resulta más ceñido a su objeto propio. En Tietze es mayor la supeditación de la voluntad individual a unas leyes generales (de generalidad, constancia e immanencia).

A Schmarsow se debe un notable esfuerzo por derivar del hombre las categorías estéticas históricamente funcionales. Partiendo de la esencia del cuerpo humano procura articular las artes del espacio en las sensaciones estéticas elementales, coordinadas con las sensaciones cenestésicas. De esta manera accede a tres tipos básicos de configuración de la forma artística: espacial (arquitectura), corpórea (escultura) y superficial (pintura).

Pero acaso sea Hermann Nohl (6), el gran discípulo de Guillermo Dilthey, el teórico que más genialmente ha valorado las conexiones existentes entre la forma artística

